

de chiquillo sabe más que todos nosotros y que el mundo entero».

XXIV

Marchóse Víctor, apenas tomado el postre, que era, por más señas, miel de la Alcarria, y de sobremesa, doña Pura echó en cara á su marido la incredulidad y desabrimiento con que éste había oído lo expresado por el yerno.

—¿Por qué no ha de ser cierto que se interesa por tí? No debemos ponernos siempre en la mala. Es más: Víctor, si no lo ha hecho, estaba en la obligación de hacerlo.

— Pues es claro... — observó Abelarda, dispuesta á hacer panegírico ardiente de su cuñado, á quien no entendía en la cuestión de amores, pero cuya cacareada maldad estimaba calumniosa.

— ¿Pero vosotras — dijo Villaamil sulfurándose — sois tan cándidas que creéis lo que dice ese embustero trapalón?... Apuesto lo que queráis á que, en vez de recomendarme, lo que ha hecho es llevarle al Jefe del Personal algún cuento para que se le quiten las pocas ganas que tiene de servirme...

— ¡Jesús, Ramón!

— ¡Papá, por Dios!... también usted tiene unas cosas...

— Parece mentira que en tantos años no hayáis aprendido á conocer á ese hombre (exaltándose), el más malo y más traicionero que hay bajo la capa del sol. Para hacerle más temible, Dios, que ha hecho tan hermosos á algunos animales dañinos, le dió á éste el mirar dulce, el sonreír tierno y aquella parla con que engaña á los que no le conocen, para atontarles, fascinarles y comérseles después... Es el monstruo más...

Detúvose Villaamil al reparar que estaba presente Luisito, quien no debía oír semejante apología. Al fin era su padre. Y por cierto que el pobre niño clavaba en el abuelo sus ojos con expresión de terror. Abelarda, como si le arrancaran el corazón á tenazazos, sentía impulsos de echarse á llorar, seguidos de un brutal anhelo de contradecir á su padre, de taparle la boca, de disparar algún denuesto contra su cabeza venerable. Levantóse y se fué á su cuarto, aparentando que entraba á buscar algo, y desde allí oyó aún el murmullo de la conversación... Doña Pura denegaba tímidamente lo dicho por su esposo, y éste, después que se retiró Luisito, llamado por Milagros para lavarle en la cocina boca y manos, reiteró su bárbaro, implacable y sangriento anatema contra Víctor, añadiendo que con él no iba ni á recoger monedas de cinco duros. Era tan hondo el acento del buen Villaamil, y tan lleno de sinceridad y convicción, que Abelarda creyó volverse loca en aquel mismo

instante, soñando como único alivio á su desatada pena salir de la casa, correr hacia el Viaducto de la calle de Segovia y tirarse por él. Figurábase el momento breve de desplomarse al abismo, con las enaguas sobre la cabeza, la frente disparada hacia los adoquines. ¡Qué gusto! Después la sensación de convertirse en tortilla, y nada más. Se acabaron todas las fatigas.

Á poco de esto, empezó á llegar la escogida sociedad que frecuentaba en determinadas noches aquella elegante mansión. Milagros, terminada su faena en la cocina, preparó la luz de petróleo para iluminar la sala. Se arregló, dejando en la cocina á la vieja que iba á fregar, pues la *pudorosa Ofelia*, si se adaptaba con gusto á todos los ramos de la culinaria, no entraba con aquel rudo trajín del fregado, y á poco penetró en *sus salones* tan bien apañadita que daba gusto verla. Abelarda tardó más en presentarse, y apareció al fin con tan fuerte mano de polvos en la cara, que parecía una molinera. Y aun no bastaba tanto afeite á disimular el tono cadavérico de su faz ni el cerco violado de sus ojos. Virginia Pantoja, su madre y otras señoras la observaron y callaban, guardando sus comentarios para postdata de la tertulia. Ninguna de las amigas dejó de decir para sí: «¡Ajadilla está!» Fué también aquella noche Salvador Guillén, el cual presentó á su compañero de oficina, el elegante Espinosa. Villaamil, desde que empe-

zaba á entrar gente, se iba á la calle, renegando de la tal tertulia, y se pasaba en el café un par de horitas oyendo hablar de crisis ó probando, como dos y tres son cinco, que debía haberla. Solía Pantoja acompañarle, volviendo después con él para recoger á la familia, y por el camino seguían glosando el tema eterno, sin agotarlo nunca ni encontrar jamás la última variación. Conocedor sagaz de la vida burocrática y de las misteriosas energías psicológicas que determinan la elevación y caída de funcionarios, Pantoja trazaba á su amigo un nuevo plan de campaña. Primero, sin perjuicio de buscarse entre la gente política de influencia algún padrino de empuje, convenía no dejar vivir al Ministro, ni al Jefe del Personal; convertirse en su sombra, espíarles las entradas y salidas, acometerles cuando más descuidados estuvieran, ponerles en el terrible dilema de *la credencial ó la vida*, imponerse por el terror. De esta manera se sacaba siempre tajada, pues al fin, Ministros, Subsecretarios y Jefes del Personal eran hombres, y para poder respirar y vivir daban al moscón lo que pedía, por quitárselo de encima de su alma y perderle de vista. Reconociendo el profundo sentido humano y político de estos consejos, Villaamil deploraba sinceramente haber llegado al extremo de ser él lo que tantas veces había censurado en otros; acosador importuno y pordio-sero inaguantable.

Víctor no solía concurrir á las tertulias; pero aquella noche entró más temprano que de costumbre y pasó á la sala, produciendo la admiración de Virginia Pantoja y de las chicas de Cuevas. ¡Era tan superior por todos conceptos á los tipos que allí se veían! Guillén le tenía ojeriza, y como Víctor le pagaba en la misma moneda, se tirotearon con frases de doble sentido, haciendo reír á la concurrencia.

Al día siguiente, antes de almorzar, hallándose en el comedor Víctor, su suegra, Abelarda y Luisito, que acababa de llegar de la escuela, dijo Cadalso á doña Pura:

— ¿Pero cómo reciben ustedes en su casa á ese cojo inmundo? ¿No comprenden que viene por divertirse observando y contar luego en la oficina lo que ve?

— ¿Pero acaso tenemos monos pintados en la cara — dijo Pura con desenfado, — para que ese cojitranco venga aquí nada más que á reirse?

— Es un sapo venenoso que en cuanto ve algo que no es sucio como él, se irrita y suelta toda la baba. Cuando papá va á la oficina de Pantoja, ¿en qué creen ustedes que se ocupa Guillén? En hacerle la caricatura. Tiene ya una colección que anda de mano en mano entre aquellos gandules. Ayer, sin ir más lejos, vi una con un letrero al pie que dice: *El señor de Miau, meditando su plan de Hacienda*. Había ido corriendo de oficina en oficina, hasta que Urbanito Cucúr-

bitas la llevó al Personal, donde el majadero de Espinosa, hermano de ese cursilón que estuvo aquí anoche, la pegó en la pared con cuatro obleas para que sirviera de chacota á todo el que entraba. Cuando vi aquello me sulfuré, y por poco se arma allí la de San Quintín.

Doña Pura se indignó tanto, que el coraje le cortaba la respiración y la palabra.

— Pues yo le diré á ese galápago que no vuelva á poner los pies en mi casa... ¿Y cómo dices que llaman á mi marido? ¿Habrás desvergüenza?...

— Es que le quieren aplicar ahora el mote que le pusieron á la familia en el Real — dijo Víctor dulcificando su crueldad con una sonrisa; — mote que ne tiene maldita gracia.

— ¡Á nosotras, á nosotras! — exclamaron á un tiempo, rojas de ira, las dos hermanas.

— Tomémoslo á risa, pues no merece otra cosa. Es público y notorio que cuando toman ustedes posesión de su sitio en el Paraíso, todo el mundo dice: «Ya están ahí las *Miaus...*» ¡qué tontería!

— ¡Y el muy mamarracho se ríe de la gracia! — exclamó doña Pura cogiendo lo primero que encontró á mano, que fué un pan, y apuntando con él á la cabeza de su yerno.

— No, no la emprenda usted conmigo, señora, que no soy yo autor del apodo... Pues si yo las acompañara á ustedes alguna vez y un cursi de aquéllos se atreviera á mayar delante de mí, de

la primera bofetada todas sus muelas salían á tomar el aire.

— No estás tú mal fantasmón (devorando su ira). Pico, y nada más que pico. ¡Si no tuviéramos nosotras más defensa que tú!...

La ira de las dos hermanas era nada en comparación de la que agitaba el ánimo de Luisito Cadalso, al oír que el cojo Guillén motejaba á su abuelo y le ponía en solfa; y para sí decía: «De todo esto tiene la culpa *Posturitas*, y le he de dar pa el pelo, porque la ordinariota de su mamá, que es hermana de Guillén, fué la que puso el mote, ¡contro!, y luego se lo dijo al cojo, que es un sapo venenoso, y el muy canalla se lo ha dicho á los de la oficina».

Tan rabioso se puso, que al ir á la escuela cerraba los puños y apretaba los dientes. De seguro que si encuentra á *Posturitas* en la calle la emprende con él dándole una morrada buena en *mitá la cara*. Tocóle después estar á su lado en la clase y le pegó con el codo, diciéndole: «No *quío na* contigo, sinvergüenza. Tú no eres caballero, ni tu familia tampoco *son* caballeros». El otro no le contestó, y dejando caer la cabeza sobre el brazo, cerró los ojos como vencido de un profundo sueño. Hubo de notar entonces Cadalso que su amigo tenía la cara muy encendida, los párpados hinchados, la boca abierta, respirando por ella, y á ratos soplando fuertemente por la nariz, como si quisiera desobstruir-

la. Nuevos y más fuertes codazos de Luisito no le hicieron salir de aquel pesado sopor. «¿Qué tienes, recontro?... ¿estás malo?» La cara de *Posturitas* echaba fuego. El maestro llegó por allí, y viéndole en tal estado y que no había medio de enderezarle, le observó, le pulsó, le puso la mano en la cara. «Chiquillo, tú estás malo; vete corriendo á tu casa y que te acuesten y te abriguen bien para que sudés». Levantóse entonces el rapaz tambaleándose, y con cara y gesto de malísimo humor, atravesó la sala de la escuela. Algunos compañeros le miraron con envidia porque se iba á su casa antes que los demás. Otros, Cadalso entre ellos, creían que la enfermedad era farsa, pura comedia para irse de pingo y estarse brincando toda la tarde en el Retiro con los peores gateras de Madrid. Porque era muy pillo, muy embustero, y en poniéndose á inventar y á hacer pamemas, no había quien le ganara.

Al día siguiente, Murillito trajo la noticia de que Paco Ramos estaba enfermo de tabardillo, y que le había entrado tan fuerte, pero tan fuerte, que si no bajaba la calentura aquella noche, se moriría. Hubo discusión á la salida sobre ir ó no á verle. «Que eso se pega, *hombre*». — «Que no se pega... ¡bah, tú!» — «Morrall». — «Morrall él». Por fin, Murillito, otro que llamaban Pando y Cadalso con ellos, fueron á verle. Era á dos pasos de la escuela, en la casa que tiene farol y

muestra de prestamista. Subieron los tres muy ternes, discutiendo todavía si se pegaba ó no se pegaba la *tifusidea*, y Murillito, el más farfanton de la partida, les animaba escupiéndolo por el colmillo. «No seáis gallinas. ¡Si creeréis que por entrar vos vais á morir!...» Llamaron, y les abrió una mujer, quien al ver la talla y fuste de los visitantes, no les hizo maldito caso y les dejó plantados, sin dignarse responder á la pregunta que hizo Murillito. Otra mujer pasó por el recibimiento y dijo: «¿Qué buscan aquí estos monos? ¡Ah! ¿Venís á saber de Paquito? Más animado está esta tarde...» «Que pasen, que pasen — gritó dentro otra voz femenil, — á ver si mi niño les conoce». Vieron, al entrar, el despacho de los préstamos, donde estaba un señor de gorro y espejuelos que parecía un ministro (según pensó Cadalso), y atravesaron luego un cuarto grande donde había ropa, golfos de ropa, la mar de ropa, y por fin, en una habitación toda llena de capas dobladas, cada una con su cartón numerado, yacía el enfermo y á su lado dos enfermeras, la una sentada en el suelo, la otra junto al lecho. *Posturitas* había delirado atrocemente toda la noche y parte de la mañana. En aquel momento estaba más tranquilo, sin que el recargo se iniciara aún. «Rico — le dijo la mujer ó señora instalada á la cabecera, y que debía de ser la mamá, — aquí están tus amiguitos, que vienen á preguntar por tí. ¿Quieres verles?» El

pobre niño exhaló una queja, como si quisiera romper á llorar, lenguaje con que indican las criaturas enfermas lo que les desagrada y molesta, que suele ser todo lo imaginable. «Mírales, mírales. Te quieren mucho». Paquito dió una vuelta en la cama, é incorporándose sobre un codo, echó á sus amigos una mirada atónita y vidriosa. Tenía los ojos, aunque inflamados, mortecinos, los labios tan cárdenos que parecían negros, y en los pómulos manchas de color de vino. Cadalso sentía lástima y también terror instintivo que le mantuvo desviado de la cama. La mirada fija y sin luz de su compañero de escuela le hacía temblar. Paco Ramos sin duda no conoció de los tres más que á Luisito, porque sólo dijo *Miau, Miau*, después de lo cual su cabeza se derrumbó sobre la almohada. La madre hizo una seña á los chicos para que despejaran, y ellos obedecieron como unos santos. En la habitación próxima tropezaron con dos hermanillos de *Posturitas*, más chicos que él, carisucios y culirrotos, los zapatos agujerados y los mandiles hechos una sentina. El uno arrastraba un muñeco de trapó amarrado por el pescuezo, y el otro un caballo sin patas, gritando como un desesperado *jarre!* Al ver gente menuda, se fueron detrás, deseando hacer migas con ella; pero Murillo, echándoselas de persona, les reprendió por la bulla que armaban, estando el hermanito malo. Ellos se miraron estupefactos. No com-

prendían jota. El más pequeño sacó del bolsillo del delantal un pedazo de pan ya muy lamido, todo lleno de babas, y le metió el diente con fe. Al pasar por la sala, el señor aquel que parecía un ministro estaba examinando dos mantones de Manila que le presentaba una mujer. Los tres amigos le saludaron con exquisita cortesía, pero él no les contestó.

XXV

Muy pensativo se fué Cadalsito á su casa aquella tarde. El sentimiento de piedad hacia su compañero no era tan vivo como debiera, porque el mameluco de Ramos le había insultado, arrojándole á la cara el infamante apodo, delante de gente. La infancia es implacable en sus resentimientos, y la amistad no tiene raíces en ella. Con todo, y aunque no perdonaba á su mal educado compañero, pensó pedir por él en esta forma: «Ponga usted bueno á *Posturitas*. Á bien que poco le cuesta. Con decir *levántate, Posturas*, ya está». Acordándose después de que la mamá de su amigo, aquella misma señora que estaba junto al lecho tan afligida, era la inventora del ridículo bromazo, renovóse en él la inquina que le tenía. «Pero no es *señora* — pensó. — No es más que *mujer*, y ahora Dios la castiga de firme por poner motes».

Aquella noche estuvo muy intranquilo; dormía mal, se despertaba á cada instante, y su cerebro luchaba angustiosamente con un fenómeno muy singular. Habíase acostado con el deseo de ver á su benévolo amigo el de la barba blanca; los síntomas precursores se habían presentado, pero la aparición no. Lo doloroso para Cadalsito era que soñaba que la veía, lo que no era lo mismo que verla. Al menos no estaba satisfecho, y su mente forcejeaba en un razonar penoso y absurdo, diciendo: «No es éste, no es éste... porque yo no le veo, sino sueño que le veo, y no me habla, sino sueño que me habla». De aquella febril cavilación pasaba á estotra: «Y no podrá decir ya que no estudio, porque hoy sí que me supe la lección, ¡contro! El maestro me dijo: «Bien, bien, Cadalso». Y la clase toda estaba turulata. Largué de corrido lo del adverbio, y no me comí más que una palabra. Y cuando dije lo de que caía el maná en el desierto, también *me lo supe*, y sólo me trabuqué después en aquello de los Mandamientos, por decir que los trajo encima de un tablero, en vez de una tabla». Luis exageraba el éxito de su lección de aquel día. La dijo mejor que otras veces, pero no había motivo fundado para tanto bombo.

Mala noche fué aquella para los dos habitantes del estrecho cuarto, pues Abelarda no hacía más que dar vueltas en su catre, rebelde al sueño,

conciliándolo breves minutos, sintiéndose acometida por bruscos estremecimientos, que la hacían pronunciar algunas palabras, de cuyo sonido se asombraba ella propia. Una vez dijo: «Huiré con él». Y al punto le respondió un acento suspirón: «Con el que tenía los anillos de puros». Al oír esto, dió un salto aterrada. ¿Quién le respondía? Todo era silencio en la alcoba; pero al poco rato la voz volvió á sonar, diciendo: «Le castiga usted por malo, por poner motes». Al fin, la mente de Abelarda se esclarecía, pudiendo apreciar la realidad y reconocer la vocecilla de su sobrino. Volvióse del otro lado y se durmió. Luis murmuraba gimiendo, como si quisiera llorar y no pudiese. «Que sí me supe la lección... que sí». Y al cabo de un rato: «No me mojes el sello con tu boca negra... ¿Ves? Eso te pasa por malo. Tu mamá no es señora, sino mujer...» Á lo que contestó Abelarda: «Esa elegante que te escribe cartas no es dama, sino una tía *feróstica*... Tonto, y me desprecias á mí por ella, á mí, que me dejaría matar por...! Mamá, mamá, yo quiero ser monja». «No... — decía Luis,—ya sé que no le dió usted al Sr. de Moisés los Mandamientos en un tablero, sino en una tabla... Bueno, en dos tablas... *Posturas* se va á morir. Su padre le envolverá en aquel mantón de Manila... Usted no es Dios, porque no tiene ángeles... ¿En dónde están los ángeles?»

Y Abelarda: «Ya pesqué la llave de la puerta.

Quiero escapar. ¡Con el frío que hace, esperándome en la calle!... ¡Vaya un llover!»

Luis: «Es un ratón lo que *Posturas* echa por la boca, un ratón negro y con el rabo mu largo. Me escondo debajo de la mesa. ¡Papá!»

Abelarda en voz alta: «Qué... ¿qué es eso, Luis? ¿qué tienes? Pobrecito... esas pesadillas que le dan. Despierta, hijo, que estás diciendo disparates. ¿Por qué llamas á tu papá?»

Despierto también Luis, aunque no con el sentido muy claro: «Tía, no duermo. Es que... un ratón. Pero mi papá lo ha cogido. ¿No ves á mi papá?»

— Tu papá no está aquí, tontín; duérmete.

— Sí que está... Mírale, mírale... Estoy despierto, tía. ¿Y tú?

— Despéjate, hijo... ¿Quieres que encienda luz?

— No... Tengo sueño. Es que todo es muy grande, todas las cosas grandes, y mi papá estaba acostado contigo, y cuando yo le llamé vino á cogermé.

— Prenda, acuéstate de ladito y no tendrás malos sueños. ¿De qué lado estás acostado?

— Del lado de la mano izquierda... ¿Por qué es todo grandísimo, del tamaño de las cosas mayores?

— Acuéstate del lado derecho, alma mía.

— Estoy del lado de la mano izquierda y del pie derecho... ¿Ves? éste es el pie derecho, ¡tan

grande! Por eso la mamá de *Posturas* no es señora. Títa...

— ¿Qué?

— ¿Estás dormida?... Yo me duermo ahora. ¿Verdad que no se muere *Posturas*?

— ¡Qué se ha de morir, hombre! No pienses en eso.

— Díme otra cosa. ¿Y mi papá se va á casar contigo?

En la excitación cerebral que producen la obscuridad y el insomnio, Abelarda no pudo responder lo que habría respondido á la luz del día con la cabeza serena, por cuya razón se dejó decir: «No sé todavía... verdaderamente no sé nada... Puede...»

Poco después murmuró Luis «bueno» en tono de conformidad, y se quedó dormido. Abelarda no pegó los ojos en el resto de la noche, y al día siguiente se levantó muy temprano, la cabeza pesadísima, los párpados encendidos y el humor destemplado, deseando hacer algo extraordinario y nuevo, reñir con alguien, así fuese el mismísimo cura cuya misa pensaba oír pronto, ó el monago que había de ayudarla. Se fué á la iglesia, y en ella tuvo muy malos pensamientos, tales como escabullirse de la casa sin saber para qué, casarse con Ponce y pegársela después, meterse monja y amotinar el convento, hacerle una declaración burlesca de amor al cojo Guillén, empezar la representación de la comedia y

retirarse á la mitad, dejándoles á todos plantados; envenenar á Federico Ruiz, tirarse del paraíso del Real á las butacas en lo mejor de la ópera... y otros disparates por el estilo. Pero la permanencia en el templo, silencioso y plácido, las tres misas que oyó, sosegaron poco á poco sus nervios, estableciendo en su cerebro la normalidad de las ideas. Al salir se asustaba y aun se reía de aquellas extravagancias sin sentido. Pasara lo de tirarse del paraíso á las butacas en un momento de desesperación; pero envenenar al pobre Federico Ruiz, ¿á qué santo?

Al llegar á su casa, lo primero que hizo, según costumbre, fué enterarse de si Víctor había salido ó no. Resultó que sí, y doña Pura dijo con alegría no disimulada que su yerno almorzaba fuera. Los recursos se le habían ido agotando á la señora con la rapidez solutiva de esa sal puesta en agua que se llama dinero. ¡Cosa más rara! Lo mismo era cambiar un duro que desleírsele pieza á pieza. Y ya veía próximo el aterrador lindero que separa la escasez de la carencia absoluta. Detrás de aquel lindero se alzaban los espectros familiares mirando á doña Pura y haciéndole muecas. Eran sus terribles compañeros de toda la vida, el deber, el pedir y el empeñar, resueltos á acompañarla hasta la tumba. Ya estaba la señora tirando sus líneas á ver si Víctor le daba medios de zafarse de aquellos socios insufribles. Pero Víctor, á las primeras indirectas, se había

hecho el mal entendedor, señal de que no encerraba ya su cartera los tesoros de mejores días. Además, pudo observar doña Pura que por dos ó tres veces habían venido á cobrarle á su yerno cuentas de zapateros ó sastres, y que Víctor no había pagado, diciendo que volvieran ó que él pasaría por allá. Este olor á chamusquina puso á la señora sobre ascuas.

Fueron aquella tarde doña Pura y su hermana á visitar unas amigas. Milagros encargó á Abelarda que diese una vuelta por la cocina; pero la exaltada joven, al quedarse sola, pues Villaamil había ido al Ministerio y Luis á la escuela, echó al olvido cacerolas y sartenes, y metióse en el cuarto de Víctor, con el fin de revolver, de escudriñar, de ponerse en íntimo contacto con su ropa y los objetos de su uso. Sentía la insignificante, en esta inspección vedada, los estímulos de la curiosidad mezclados con un goce espiritual de los más profundos. El examen de la indumentaria, la exploración de todos los bolsillos, aunque en ellos no encontrara cosa de verdadero interés, era un gusto que no cambiaría ella por otros más positivos é indiscutibles. Porque manoseando las camisas se suponía por momentos en una intimidad á la cual su viva imaginación daba apariencias reales. Soñaba actos de los más nobles, como el cuidar la ropa de su hombre, fuera marido ó no, deseando algo que arreglar en ella, botón suelto ó forro desco-

sido; y en tanto reconocía en el olor la persona, por más señas limpia y elegante, gozando en olfatearla á menor distancia que en familia y ante el mundo. Las pocas veces que Abelarda podía darse estos atracones de idealidad y sensaciones rebuscadas, sus registros de bolsillos no arrojaban ninguna luz sobre el misterio que á su parecer envolvía la existencia de Cadalso. Á veces, encontraba en el bolsillo del pantalón perros grandes ó chicos, billetes de tranvía y butacas de teatro; en los de la americana ó levita, alguna nota del Ministerio, alguna carta indiferente. Al concluir, cuidaba de volver todo á su sitio para que no fuera notado el escrutinio, y se sentaba sobre el baúl á meditar. No había sido posible poner en el cuarto de Víctor cómoda ni armario ropero, de modo que tenía su equipo en la misma maleta de viaje, como si estuviera por pocos días en una fonda. Lo que desesperaba á la insignificante, era encontrar el baúl siempre cerrado. Allí sí que habría querido ella meter manos y ojos. ¡Qué de secretos guardaría aquella cavidad misteriosa! Varias veces había probado á abrirla con llaves diferentes, pero en vano.

Pues señor, aquel día, al sentarse en el baúl, ¡tlin!, un rumorcillo metálico. Miró, y... ¡las llaves estaban puestas! Víctor se había olvidado de quitarlas, faltando á sus hábitos cautelosos y previsores. Ver las llaves, abrir y levantar la tapa casi fueron actos simultáneos. Gran desor-

den en la parte superior del contenido. Había allí un sombrero chafado, de los que llaman *livianillos*, cuellos y puños sueltos, cigarros, una caja de papel y sobres, ropa blanca y de punto, periódicos doblados, corbatas ajadas y otras nuevecitas. Abelarda observó todo un buen rato sin tocar, enterándose bien, como es uso de curiosos y ladrones, de la colocación de los objetos para volver á ponerlos lo mismo. Luego deslizó la mano por un lado, explorando la segunda capa. No sabía por dónde empezar. Al propio tiempo, la presunción de que Víctor andaba en líos con alguna señora de mucho lustre y empinadísimo copete, se imponía y destacaba sobre las ideas restantes. Pronto se descubriría todo; allí se encontraban de fijo las pruebas irrecusables. De tal modo dominaba este prejuicio la mente de Abelarda, que antes de descubrir el cuerpo del delito ya creía olfatearlo, porque el olfato era quizás su sentido más despierto en aquellas pesquisas. «¡Ah! ¿no lo dije? ¿Qué es esto? Un ramito de violetas». En efecto, al levantar con cuidado una pieza de ropa, encontró el ramo ajado y oloroso. Siguió explorando. Su instinto, su intuición ó corazonada, que tenía la fuerza de una luz precursora ó de indicador misterioso, la guiaba por aquellas revueltas honduras. Sacó varias cosas cuidadosamente, las puso en el suelo, y adelante; busca de aquí, busca de allí, su mano convulsa dió con un paquete de cartas. ¡Ah! por fin

había parecido la clave del secreto. ¡Si no podía ser de otro modo! Cogió el paquete, y al sentirlo entre sus dedos infundióle terror su propio hallazgo.

Sin quitar la goma leyó algo ya, pues las cartas no tenían envoltura que las cubriese. Lo primero que se echó á la cara fué una coronita estampada en el membrete de la carta superior; y como no era fuerte en heráldica, no supo si la corona era de marquesa ó de condesa... Pensó entonces la insignificante en su mucho acierto y sagacidad. No, no podía ella equivocarse al suponer que la misteriosa persona con quien *él* estaba en relaciones era de alta categoría. Había nacido Víctor para las esferas superiores de la vida, como el águila para remontarse á las alturas. Pensar que hombre de tales condiciones descendiese á las esferas de cursilería y pobreza en que ella vivía... ¡absurdo! y racionando así, persuadía-se también de que lo incomprendible y tenebroso de la conducta y del lenguaje de Víctor no era falta de él, sino de ella, por no alcanzar con sus cortas luces y su apreciación vulgar de la vida á la superioridad de semejante hombre.

Á leer tocan. No sabía la joven por dónde empezar. Hubiera querido echarse al colete en un santiamén todas las cartas de cruz á fecha. El tiempo apremiaba; su madre y su tía no tardarían en entrar. Leyó rápidamente una, y cada

frase fué una cuchillada para la lectora. Allí se trataba de negativa de rompimiento, se daban descargos como respondiendo á una acusación celosa; allí se prodigaban los términos azucarados que Abelarda no había leído nunca más que en las novelas; allí todo era finezas y protestas de amor eterno, planes de ventura, anuncios de entrevistas venideras, y recuerdos dulces de las pasadas, refinamientos de precaución para evitar sospechas, y al fin derrames de ternezas en forma más ó menos velada. Pero el nombre, el nombre de la sinvergüenzona aquélla, por más que la lectora lo buscaba con ansia, no parecía en ninguna parte. La firma no rompía el anónimo; á veces una expresión convencional, *tu chacha, tu nenita*; á veces un simple garabato... Pero lo que es nombre, ni rastros de él. Leyendo todo, todo cuidadosamente, se habría podido sacar en limpio, por referencias, quién era la *chacha*; pero Abelarda no podía detenerse; ya era tarde, llamaban á la puerta... Había que colocar todo en su sitio de modo que no se conociese la mano revoltijera. Hizolo rápidamente, y fué á abrir. Ya no se borró más de su mente, en aquel día ni en los que le siguieron, la fingida imagen de la odiada señora. ¿Quién sería? La insignificante se la figuraba hermosota, muy *chic*, mujer caprichosa y desenfadada, como á su parecer lo eran todas las de las altas clases. «¡Qué guapa debe de ser!... ¡qué perfumes

tan finos usará! — se decía á todas horas con palabras de fuego que del cerebro le salían para estampársele en el corazón. — ¡Y cuántos vestidos tendrá, cuántos sombreros, cuántos coches!...»

XXVI

Allá va otra vez el amigo D. Ramón á la oficina de Pantoja. Él no quiere hablar de su pleito, de su cuita inmensa y desgarradora, pero sin quererlo habla; y cuanto dice va á parar insensiblemente al eterno tema. Le pasa lo que á los amantes muy exaltados, que cuanto hablan ó escriben se convierte en substancia de amor. Aquel día encontró en la oficina de su amigo á cierto sujeto que discutía arduosamente. Era un señor de provincia, uno de aquellos enemigos de la Administración á quienes *el honrado* designaba con el desdeñoso nombre de *particulares*; comerciante de vinos al por mayor, con establecimiento abierto, y la Hacienda le había cogido por banda, haciéndole pagar contribución por dos conceptos. Protestó él alegando que renunciaba á detallar, quedándose sólo con el almacén. El asunto pasó á informe de Pantoja. Quejábase el *particular* de que se le hiciera pagar por dos conceptos, y va Pantoja ¿y qué hace? Pues informar que pagara por tres. De